

Nubosidad variable y la patria de mujeres: escritura y sororidad en Carmen Martín Gaité

LAMARCA, Sofía B. / Universidad de Buenos Aires (UBA) – sofiablamarca@gmail.com

» *Palabras clave: género, sororidad, alianza, Carmen Martín Gaité, escritura.*

» **Resumen**

En *Nubosidad variable* (1992) de Carmen Martín Gaité se ponen en juego dos narraciones que, aunque distintas, se entrecruzan gracias a la conformación de una alianza entre dos mujeres que han sido grandes amigas en la juventud. La crítica que ha trabajado esta novela ya ha considerado la construcción del *nosotras* que allí se plantea. Sin embargo, la propuesta de este trabajo es leer esa construcción no como una representación aislada, ya que, por el contrario, creemos que se trata de una potencialidad de la sororidad. Gracias a la conceptualización de la teórica feminista Gayle Rubin (1975) hemos utilizado el concepto de *intercambio de mujeres* para atender a los modos en que los hombres negocian entre sí la tenencia de mujeres para construir sistemas sociales. En contrapartida, creemos posible utilizar el término *sororidad*, definido por Marcela Lagarde y de los Ríos como una “enunciación de los principios ético-políticos de la paridad, ausencia de jerarquía patriarcal y relación paritaria entre mujeres” (2015: 305), para atender a las relaciones de alianza que se fundan entre mujeres como respuesta a esa opresión primaria. El uso de la sororidad como categoría crítica permitiría leer las alianzas entre mujeres como más que una circunstancia, en definitiva, como una manera de construir sentido. En *Nubosidad variable*, la narración se erige sobre esta construcción de la alianza, que intercambia y se torna recíproca. Se escribe por la amistad y la amistad es el camino de la liberación. Esta liberación propone modelos alternativos, en los que las imposiciones sobre la sexualidad pertenecen a una patria de varones que se problematiza y se cuestiona tanto desde la versatilidad del género literario como de las reflexiones que cada una de ellas deja circular a través de la escritura.

» **Introducción**

Nubosidad variable (1992) de Carmen Martín Gaité es una novela que recorre la relación entre dos mujeres que supieron ser inseparables en su juventud, y que se reencuentran en la madurez, abriendo el camino para un nuevo reconocimiento de sus propias identidades. Este recorrido aparece habilitado por la operación de la escritura, que encuentra en la novela su lugar central. Sin embargo, a su vez, la escritura fluye en tanto hay dos mujeres que la hacen circular. En este sentido, es necesario hacer mención a la crítica que ya ha leído esta novela a partir de cómo esa escritura es el medio de la recuperación de una amistad. Lo que este trabajo intenta demostrar es que esta amistad, esta

configuración del *nosotras* que ya ha sido leído por la crítica en otras oportunidades, erige en realidad una alianza estratégica que permite un *yo* más *tú* que no simplifica la amistad femenina, sino que le otorga potencialidades tanto emancipatorias como de construcción de autonomía. Así, la apuesta de este escrito es pensar cómo una categoría de teoría y praxis feminista, como la sororidad, es útil en tanto categoría crítica para pensar las representaciones literarias de la alianza y la amistad construidas sobre una patria de varones excluyente. Propongo que *sororidad* y *alianza* son las herramientas mediante las cuales la novela construye una historia de la liberación y una posible patria alternativa.

> **Sororidad: aproximaciones teóricas y representaciones literarias**

En este punto, es necesario determinar a qué me refiero cuando hablo teórica y críticamente de *sororidad*. Si bien este término aparece fuera del ámbito de la academia como herramienta vital de la práctica feminista, en las últimas dos décadas, y sobre todo en América Latina y España, se han comenzado a trazar lineamientos teóricos que permiten entender a qué se refiere el feminismo al mencionar la sororidad y cómo puede convertirse en una categoría útil para análisis históricos, sociológicos y literarios. La escritora mexicana Marcela Lagarde y de los Ríos ha trabajado la construcción de alianzas entre mujeres en sus últimas producciones. Aunque el término aparece ligado al italiano de *affidamento*, no son estrictamente equivalentes y las teóricas y filósofas latinoamericanas y españolas contemporáneas sitúan el redescubrimiento productivo de la idea de pacto en la teórica antropóloga Lagarde. En el texto “Pacto entre mujeres. Sororidad” reconstruye una etimología que se ha convertido en una cita clásica y obligada, más en el feminismo popular que en el académico: “*Sororidad* del latín *soror*, *sororis*, hermana, *e-idad*, relativo a, calidad de” (Lagarde, 2006: 126). La especialista parte de esta etimología para construir la red conceptual de significaciones alrededor del *pacto* y la *alianza*. Entiende a la sororidad como una dimensión ética, política y práctica en la que se prioriza la búsqueda de las mujeres de alianzas existenciales y políticas, cuerpo a cuerpo, subjetividad a subjetividad con otras mujeres, para concluir con la opresión y contribuir con el apoyo mutuo al poderío de todas. En su libro *Claves feministas para mis socias de la vida* (2015) pone en funcionamiento el concepto de sororidad, ligado a los de *poder* y *liderazgos femeninos*. Así también, en esta recopilación de producciones plantea una relación entre la sororidad y el uso de los pronombres. En este punto, es posible afirmar que está retomando los apuntes de Luce Irigaray (1992) y de Amelia Valcárcel (1992) en los que piensan la construcción del *nosotras* como una herramienta política de emancipación. De este modo, estas autoras permiten pensar en los lugares de enunciación de las mujeres en la escena pública, en la escena privada y en sus representaciones literarias.

El término *sororidad* fue incluido en la segunda edición del *Diccionario de estudios de género y feminismos* (Gamba, 2009), y su definición fue redactada por la misma Marcela Lagarde. En él, hace hincapié en la sororidad en tanto la identificación de mujeres como pares y semejantes, y la alianza entre ellas como medio para derribar patrullas y muros patriarcales. Así también, introduce el concepto de

ética sororaria, que guiará el análisis de *Nubosidad variable* durante todo este trabajo y permite pensar en una política transgresora que elimine la misoginia entre mujeres y reconozca la autoridad de las otras promoviendo la valoración individual y colectiva. Considero, entonces, que esta ética y reconocimiento de las otras, puede leerse en esta escritura por y para las amigas, una escritura que letra por letra construye una alianza para la autonomía.

› **Escritura y amistad: motores de la misma pasión**

¿Cómo es posible pensar el funcionamiento de una categoría como la de sororidad dentro de las representaciones literarias? En *Nubosidad variable*, la operación de la escritura se vuelve fundamental para trazar una alianza y ponerla a funcionar. La relación entre Sofía y Mariana, las protagonistas, no es solamente una relación de amistad. La sola presencia –imaginaria, escrita, invocada– de la otra funciona como el soporte de toda una experiencia vital que se revela, pero antes se cuestiona la vida dada. Sofía, atrapada en una vida marital que la consume, puede poner en palabras su infelicidad a partir del pedido de Mariana: “Siga usted, señorita Montalvo, siga siempre” (Martín Gaité, 1992: 33)¹. La escritura se convierte en el espacio de posibilidad para ambas y eso es crucial para realizar cualquier lectura que se intente de la novela, pero es la relación entre ambas mujeres lo que permite el desarrollo de la escritura. Mariana funciona, entonces, como la mayúscula inicial en los escritos de Sofía, permitiéndole explorar rincones de su vida que estaban escondidos, encontrarse a sí misma y hacerse cargo de sus propias necesidades. A su vez, Sofía, como idea y como invocación, funciona como una interlocutora válida para que Mariana explore, a través de las cartas que no envía, las raíces de las relaciones violentas que la tenían como protagonista. Volver legítimo el discurso de la otra, darle una razón de ser y respetar esa voz, es la operación de sororidad primera y que funciona como columna vertebral de toda la novela. Reivindicar la palabra de la otra permite que escritura y autonomía se comiencen a entretrejer, así como los relatos individuales de cada una. Es por eso que los relatos están efectivamente entrecruzados, pero no responden unos a otros. La presencia de la otra es invocada e imaginada más que material, aparece más como motor que como respuesta concreta.

La escritura posibilita algo que Lagarde considera fundamental en las operaciones de sororidad: la expulsión del hombre de los círculos de exclusividad entre mujeres. En este sentido, es posible afirmar que la escritura aparece como fundante de una alianza que permite, entonces, el borramiento completo de los varones de la historia. La primera carta de Mariana a Sofía, la única que es entregada y recibida, es fundamental, sobre todo por la posdata: “El personaje de Eduardo no interesa al lector. ¿No podría ser desplazado de la acción? ¿Darle menos papel?” (34). La posdata funciona como una sugerencia de escritura pero que es también un consejo vital, ya que escritura y vida se funden continuamente en los cuadernos de Sofía. La sugerencia guía las líneas literarias pero también de su vida. Durante toda la

¹ En adelante se utilizarán solo números de página cuando las citas se correspondan con esta obra.

novela el personaje de Eduardo efectivamente se va diluyendo, para convertirse sólo en espectro que da la excusa de huir. Al final, este abandona por completo la historia. Mientras que Mariana se posiciona en un lugar de editora, aliada y amiga, la invita a una vida vivida por fuera de la relación con su marido. La invitación a desplazarlo es el disparador de una redacción fluida y vital en búsqueda de la propia identidad, que funciona como abandono constante de la relación marital. La escritura continua la saca de la habitación matrimonial: “Pues nada, he abandonado la alcoba conyugal, así como suena” (197). La privacidad, entendida como la necesidad y el derecho de una vida privada, aparece de una manera central en la búsqueda del cuarto propio, en términos de Virginia Woolf (2013). Sin embargo, puntualmente en esta escena, mudarse a otra habitación significa moverse por espacios no habitados por otros personajes masculinos, fundamentalmente su esposo. Así, sostengo que la novela avanza a medida que el personaje *marido* es desplazado de la escena. El contacto con Mariana comienza a funcionar como herramienta de emancipación para Sofía: la escritura, en tanto proceso, la obliga a encontrar un cuarto propio y, la elección de tópicos para sus cuadernos, a desarmar y desplazar la figura masculina que aparece como causa de su falta de autonomía. Lagarde, en su definición de sororidad del *Diccionario de estudios de género y feminismos*, afirma que la figura del hombre desaparece cuando la visión del mundo deja de ser androcéntrica y cada mujer puede ver el mundo desde sí misma (Gamba, 2009: 306). La sororidad, entonces, funciona en los personajes de Sofía y Mariana como producto de una autonomía que es posible en tanto se vuelven protagonistas de sus propias historias.

La escritura de las cartas de Mariana y del diario-novela de Sofía permite la revisión de los varones que han atravesado su vida y deja deslizar en sutiles pero potentes escenas la de una patria que no estaba preparada para recibirlas. Las letras les permiten irrumpir en el espacio de lo público, a través de críticas retroactivas, pero también de su propio presente. La cuestión política, por ejemplo, aparece como hastío en tanto no pueden formar parte. El recuerdo de una España inestable aparece como realidad del presente, y en ambos se significa la idea de una agitación que las mantiene afuera, predominando la fraternidad por sobre las relaciones políticas transversales: “María Teresa [...] era del grupo de mi hermano Santi, gente de la FUDE, aunque por el cuarto de los conspiradores no pisó nunca, que yo sepa. Chicas no iban muchas, solo alguna novia a buscarlos” (231). El anti-franquismo aparece aquí de una manera solapada y no desde el heroísmo, sino desde la exclusión de las mujeres en los movimientos de resistencia. Nuevamente, los cuartos y habitaciones surgen como representaciones de los espacios, públicos y privados, habilitados para mujeres solas u organizadas. Así, como afirma Mariana, “mi patria es la escritura. Algún día te invitaré a visitarla” (143), proponiendo una patria alternativa, una en donde ellas puedan vivir, ser las protagonistas y aliarse para autogobernarse. Así, la categoría *sororidad* permite pensar otra, la de una patria de mujeres –o al menos otra, alternativa a la hegemónica, construida por y desde la autonomía–.

› **Otras mujeres y alianzas: hijas, contrincantes y empleadas**

A lo largo de la novela, Mariana reflexiona sobre la relación que tiene con otras mujeres y Sofía comienza a buscar tanto en su familia como en su hogar herramientas y alianzas para construir el desapego planteado ya desde las primeras líneas. Una de estas relaciones que se problematizan mediante la escritura es el vínculo madre-hija. Luce Irigaray (1992), al pensar el *nosotras* como un pronombre válido como herramienta política, analiza las relaciones de maternidad, proponiendo que madres e hijas estimulen el uso del pronombre, mientras crean un lenguaje propio que pueda nombrarlas. Esta consideración parece haber inspirado la conceptualización de sororidad de Lagarde y nos habilita el análisis de la enunciación que se plantean estas mujeres, personajes de *Nubosidad variable*. La casa de las hijas de Sofía es nombrada por ellas mismas como “refugio”, y es ahí donde efectivamente se refugia la protagonista ante la huida del hogar. Cuando se aleja de la escritura para emprender un real desplazamiento de la casa familiar, encuentra en sus hijas y las mujeres que lo habitan un medio para concretar el escape: “¡Pero qué unos días, mamá! Si lo que tienes que hacer es irte para siempre. Ya hace siglos que no pintas nada ahí, nada en absoluto” (386). En esta cita, Encarna parece retomar el consejo literario-vital que daba el personaje de Mariana al comienzo. Otra vez, son las representaciones de las mujeres fundamentales de una vida y una narración las que permiten la emancipación. Incluso, son las palabras de la amante de su marido las que abren la puerta a la salida final. Mientras que la voz a través del teléfono de la otra permite una relación inesperada y casi involuntaria entre mujeres, es abandonado el espacio privado de encierro y asfixia para salir al mundo de lo público: “Abandoné la cocina, enfilé el pasillo y me largué a la calle” (307). Esta oración de tres partes o lista de acciones plantea un umbral entre la dicotomía clásica entre adentro y afuera, espacios públicos y privados. Es significativo, entonces, que lo que se abandone sea el espacio más normado y aplastante del espacio privado, la cocina, y que se atravesase al mundo público, la calle, a través de un pasillo que funciona como un umbral entre ese binomio tensionado por las feminidades. A su vez, su empleada doméstica, con la que no admite haber tenido una relación patrona-criada, funciona como aliada en tanto guarda el secreto de la huida: “Ella cree que estás en el refugio pero a tu marido no se lo ha dicho ni se lo piensa decir” (312). Su rol es fundamental, pues mientras el marido de Sofía la busca, ella se posiciona como un escudo entre Eduardo y el conocimiento.

La alianza principal de Sofía con Mariana hace avanzar la novela en tanto las escrituras individuales y entrecruzadas de ambas y las alianzas de Sofía con las otras mujeres permiten el avance de la trama a través de la huida del hogar y el desplazamiento del personaje masculino significativo del abandono, la indiferencia y la opresión.

› **Consideraciones finales**

Mariana y Sofía son, más que amigas, aliadas. Si como explica Gayle Rubin (1975), en la base de todo sistema social, cultural y económico se encuentra la relación entre hombres, la agrupación comercial para llevar adelante el intercambio de mujeres, entre ellas se configura una alianza que funciona como resistencia ante esas relaciones heterosexuales que “las arrastran al infierno” (312), en palabras de Mariana. Esta resistencia responsable de la autonomía individual y del reconocimiento colectivo se lleva a cabo a través de la escritura como medio de reafirmación de la propia identidad. La alianza se consolida en tanto una escribe invocando a la otra, hasta confluir juntas en el mismo espacio y apelando a la misma relación. Al final, habiendo escrito cientos de páginas para el reconocimiento propio y el desplazamiento de los otros, ambas mujeres se encuentran en la huida, generando un nuevo hogar a la vez que compilan sus escritos. Quedará pendiente para otros trabajos el análisis de las afectividades variadas y tal vez disidentes que habilita a pensar a las mujeres desde la categoría de sororidad, pensándola como una posible alternativa a la heterosexualidad obligatoria.

› **Referencias bibliográficas**

- Gamba, S. (Coord) (2009). *Diccionario de estudios de género y feminismos*. Buenos Aires: Biblos.
- Irigaray, L. (1992). *Yo, tú, nosotras*. Madrid: Cátedra.
- Lagarde y de los Ríos, M. (2006). Pacto entre mujeres. Sororidad. *Aportes para el debate* (123-135). Recuperado de <https://www.asociacionag.org.ar/pdfaportes/25/09.pdf> el 02/06/2019.
- _____. (2015). *Claves feministas para mis socias de la vida*. Buenos Aires: Batalla de Ideas.
- Martín Gaité, C. (1992). *Nubosidad variable*. Barcelona: Anagrama.
- Rubin, G. (1975). El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo. *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (35-96). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Valcárcel, A. (1992). *La política de las mujeres*. Madrid: Cátedra.
- Woolf, V. (2013). *Un cuarto propio*. Buenos Aires: El cuenco de Plata.